

tado de cabo á rabo la sonata en mi bemol de Beethoven, para que mister Carker se hiciera cargo de que se oía á través del tabique; pero nada, no se dió por enterado. Ciertamente, no he oído nunca cosas de carácter secreto; pero es porque tan pronto como llegaba á mis oídos una conversación de este orden privado, salía de mi habitación y me iba á cualquier otro sitio. Así lo hice, John, cierto día en que conversaban dos hermanos en presencia del joven Wálter Gay. Pero antes de salir de la habitación oí algunas cosas. Sin duda se acordará usted de ello lo bastante para poder decir á su hermana cuál era el tema de su conversación.

— Referíase — dijo John con apagada voz á su hermana — al pasado y á nuestra respectiva posición en la casa.

— El tema no era enteramente desconocido para mí, pero se me ofrecía bajo un aspecto nuevo. Aquello venía á chocar con mis costumbres: creía yo que todo iba bien en mi derredor porque estaba acostumbrado á suponerlo; pero la sensación que me produjo la escena me hizo reflexionar, como nunca he reflexionado en mi vida. ¡ Qué diferencia hay entre ver las cosas como tenemos la costumbre de verlas ó examinarlas desde el punto de vista nuevo en que al fin tenemos que colocarnos, un día ú otro! Desde entonces fui menos bondadoso y condescendiente.

Quedóse un instante en silencio, dando golpecitos sobre la mesa con la mano. Luego añadió, hablando muy de prisa, como ansioso por terminar su confesión:

— Antes de saber yo qué haría, y aun de saber si debía hacer algo, oí otra conversación entre los dos hermanos en la cual mencionaron á su hermana. Ne-

tuve ningún escrúpulo de conciencia en dejar que llegaran á mi los ecos de esta conversación: los consideré míos por derecho. Luego vine aquí para conocer á la hermana por mí mismo. La primera vez me detuve en la puerta y para entablar conversación tomé el pretexto de pedir á la señorita Enriqueta algunos informes sobre un vecino pobre; pero me separé mucho de la cuestión y me parece que la señorita Enriqueta desconfió de mí. La segunda vez pedí permiso para entrar y entré efectivamente aquí. Dije lo que me proponía decir. Su hermana me expuso razones que no admitían controversia negándose á recibir auxilios; pero quedó establecido entre nosotros un medio de comunicación que ha subsistido hasta estos últimos días, en que me he visto obligado á interrumpirlo por causa de los graves sucesos que tan de cerca me han rodeado.

— Bien ajeno estaba yo á todo esto — dijo John — cuando la veía á usted diariamente. Si Enriqueta hubiese conocido el nombre de usted...

— Diré á usted, John — repuso el visitante — no di mi nombre por dos razones. Con la primera bastaría, pues no es cosa de conceder crédito á las buenas intenciones: por esto á todo evento me propuse no descubrirme yo mismo, hasta que me fuera posible prestar á ustedes algún efectivo servicio. Era mi segunda razón que siempre he tenido la esperanza de que su hermano suavizase su malquerencia á ustedes y en este caso mi amistad con ustedes podía ser una dificultad en el ánimo de un hombre tan suspicaz y desconfiado como James. En consecuencia, resolví dirigirme al jefe de la casa tan pronto como hubiese una oportunidad de influir con él en beneficio de ustedes. Claro está que corría yo el riesgo de atraer

sobre mi su desagrado; pero no bastaba esta consideración para detenerme. Lo que hay es que acaecieron varios hechos inesperados: muerte, noviazgos, casamiento, desventuras domésticas. De tal modo por largo tiempo no hemos tenido en la casa más jefe que mister James Carker. Más hubiera valido — añadió el visitante cambiando el tono de la voz — tener por jefe un poste.

Pareció darse cuenta de que estas últimas palabras se le habían escapado sin querer: tendió una mano á John, otra á su hermana y siguió hablando:

— Ya he dicho cuanto tenía que decir. Confío en que ustedes comprenderán todo lo que no expreso con palabras. Ha llegado el tiempo — ha llegado triste y desgraciadamente — en que puedo ayudar á usted, John, sin daño de esa redentora lucha en que se halla usted desde hace tantos años: ya está usted dispensado de ella y no por acto alguno de usted. Se hace tarde: no añado más por esta noche. No me parece necesario recordarle que está usted, hoy más que nunca, en el deber de cuidar del tesoro que aquí tiene.

Con estas palabras se levantó de la silla.

— Pase usted con la luz — dijo el visitante á John Carker, hablando en tono placentero — vaya usted delante y no me diga nada de lo que tiene intención de decirme. ¡Ea! déjeme usted decir á su hermana unas palabras. Ya hemos hablado solos en esta misma habitación.

John salió al pasillo mientras el visitante volviéndose hacia Enriqueta la dijo:

— Usted quiere preguntarme algo acerca de ese hombre de quien es usted hermana, por desgracia.

— Tengo miedo de preguntar — repuso Enriqueta.

— Por la manera que ha tenido usted de mirarme diferentes veces he comprendido qué pregunta querría usted hacerme. Usted quiere saber si James se ha llevado dinero. ¿No es eso?

— Sí señor.

— Pues bien; no se ha llevado nada.

— ¡Gracias, Dios mío! — exclamó Enriqueta. — ¡Gracias por John!

— Ha cometido mil abusos de confianza — añadió mister Morfin; — frecuentemente ha traficado y especulado en beneficio propio suyo, no en favor de la casa; ha comprometido la casa en aventuras prodigiosas de donde han resultado enormes pérdidas; ha lisonjeado la vanidad y la ambición de su principal, de manera inconsiderada, en vez de aconsejarle la limitación de unas tendencias tan perjudiciales. Pero no la sorprenderá á usted esto. Con propósito de aumentar más aún el poder y la reputación de la casa, que son vastísimos, y de poner su magnificencia por encima de todas las demás casas de comercio, se ha lanzado á negocios de donde pueden originarse consecuencias ruinosas. En medio de las innumerables transacciones de la casa, entabladas en diversas partes del mundo, laberinto intrincado cuyas salidas nadie conoce como James, ha tenido éste grandes facilidades para disimular los resultados que le convenía ocultar. Sólo en estos últimos tiempos. ¿comprende usted, Enriqueta?

— Sí señor, sí señor — contestó Enriqueta asustada. — Dígamelo todo de una vez, por malo que sea.

— En estos últimos tiempos parece como si hubiera tenido á empeño el poner en claro los hechos, pues los revela con el mayor desembarazo en los hechos,

diríase que su propósito ha sido dar una lección á su principal, haciéndole ver hasta dónde ha sido llevado por obra de su dominante pasión. Y en esto se halla de manifiesto su culpa, que es el haber comprometido la casa.

— Una palabra, antes de que se vaya usted — dijo Enriqueta. — ¿No hay peligro para la casa Dombey?

— ¿Qué peligro? — repuso después de alguna vacilación el caballero.

— Peligro para el crédito.

— No puedo menos de contestar á usted con franqueza, confiando enteramente en usted — dijo mister Morfin después de reflexionar un instante.

— Puede usted hacerlo : de veras puede usted hacerlo.

— No lo dudo. ¿Peligro para el crédito de la casa? No, ninguno. Pero acaso haya una dificultad, la mayor de las dificultades : y es que el dueño de la casa se obstine en no reducir sus empresas, negándose á estimar las cosas como son, empeñándose en considerar su posición como se la ha representado siempre.

— Pero ¿hay temores de eso? — preguntó Enriqueta.

— No tendré esta confidencia á medias — contestó Morfin. — Diré á usted toda la verdad. Mister Dombey está intratable como nunca; se halla en un estado de ánimo en que es imposible hacerle escuchar razonamientos ni consejos. Pero esa alteración pasará : entonces habrá modo de hablarle. Así ya lo sabe usted todo lo peor y lo mejor. Y por ahora nada más. Buenas noches.

Besó la mano de Enriqueta y se encaminó por el pasillo donde estaba John esperándole, llegando

ambos hasta la puerta. Allí quiso decirle John algo; pero adivinando Morfin la intención y queriendo evitar expresiones de agradecimiento, le impidió hablar con el pretexto de que se había hecho muy tarde y que, pues tenía intención de verle con frecuencia, ya proseguirían el diálogo otro día.

El hermano y la hermana siguieron conversando al lado de la lumbre hasta el amanecer; teníanlos despiertos la preocupación por la nueva existencia que se abría antes ellos : eran como dos náufragos que, refugiados en una costa solitaria y cuando creían perdida para siempre la esperanza de volver al hogar, veían, por último, la nave salvadora que se acercaba á ellos. Pero también tenían otro motivo para permanecer en vela : era que ante aquel resplandor de esperanza se agrupaban las nubes de inquietud por su hermano, la sombra de la culpa que parecía divagar por aquella casa. Y sin embargo, James no había estado nunca en ella.

No se desvaneció aquella sombra, no desapareció porque saliera el sol. Y allí se estuvo en la mañana, y al medio día y por la tarde : sólo que al aproximarse la noche aquella sombra era más densa.

Había salido John Carker por haber recibido cita de un amigo y Enriqueta estaba sola en casa. Sola estuvo durante algunas horas. Una tarde oscura y melancólica, un crepúsculo triste, no eran circunstancias favorables para que se despejara el ánimo de Enriqueta. La idea de su hermano, aquel hermano que por el tiempo transcurrido sin verle, alejado completamente de ella, podía considerarle como extraño, la idea de este hermano se la ofrecía en la imaginación de mil maneras tenebrosas. Veíale muerto, mirándola con ojos amenazadores; ó le veía

moribundo llamándola con ira. Tanto la asustaban aquellas apariciones imaginativas que cuando empezó á hacerse de noche no se atrevió á levantar la cabeza, ni á mirar á ninguna parte, pensado que por algún rincón se le presentaría, como un duende, su hermano. Hubo un instante en que se la ocurrió que el fantasma estaría en la habitación inmediata. Bien comprendía que tales pensamientos no tenían sentido; sin embargo, para tranquilizarse y desechar aquellos temores se levantó y fué al cuarto. Pero, á despecho de su razón, la fantasía dominaba en su espíritu: veía sombras misteriosas, seres incorpóreos que gravitaban sin embargo como gigantes de piedra asentados sólidamente en tierra.

Ya casi era de noche. Sentada junto á la ventana, apoyada la cabeza en una mano, miraba Enriqueta las tinieblas que iban posesionándose de la habitación cuando, levantando los ojos dió involuntariamente un grito. Pegada á los cristales, por fuera, se veía una pálida y descompuesta faz que miraba como investigando lo que hubiera en el cuarto. Aquella faz clavó sus ojos en Enriqueta y al momento exclamó haciéndose oír á través de la vidriera.

— ¡Déjeme entrar, déjeme entrar! ¡Tengo que hablarla!

En seguida conoció Enriqueta á la mujer de cabellera negra á quien dió asilo cierta noche lluviosa, á quien habia dado de comer y curado... Asustada Enriqueta por el recuerdo del furor que aquella mujer reveló en la circunstancia memorable, vaciló en su resolución y retrocedió de la ventana. Entonces la mujer desde fuera volvió á decir con voz implorante y levantando al mismo tiempo las manos en actitud de súplica.

— ¡Déjeme entrar! Quiero hablar con usted. Soy agradecida, tranquila, humilde, todo lo que usted quiera... Pero déjeme hablarla.

La vehemente expresión de aquel ademán y de aquella cara emocionaron á Enriqueta decidiéndola á que abriese la puerta.

— ¿Puedo entrar ó quiere usted que la hable aquí? — preguntó desde el umbral la mujer.

— ¿Qué quiere usted? ¿Qué tiene que decirme? — repuso Enriqueta.

— Pocas palabras. Pero déjeme decírselas pronto ó no se las diré jamás. Ya me entran ganas de marcharme; parece que poderosas manos me quieren arrancar de la puerta. Déjeme entrar si tiene confianza en mí por esta vez.

Prevaleció la energía en Enriqueta y dió paso á la extraña visitante conduciéndola hasta la habitación donde otra vez se habían encontrado reunidas, allí al lado de la lumbre á cuyo calor habia secado la caminante su ropa, calada por la lluvia.

— ¿Se acuerda usted de mí? — dijo Alicia poniéndose de rodillas delante de Enriqueta. — Míreme.

— Sí, me acuerdo.

— ¿Se acuerda usted de lo que la dije, de dónde venía, estropeada y andrajosa, empapada mi cabeza en la lluvia y abofeteada por el viento?

— Sí.

— Ya sabe usted que aquella misma noche volví y que arrojé al fango su dinero, maldiciéndola á usted y á su raza. Y ahora me tiene usted aquí de rodillas, ahora no soy menos ardiente en mi súplica que lo fui entonces en mis iras.

— Si lo que usted me pide — contestó afectuosamente Enriqueta — es el perdón...

— ¡No es eso! — repuso fogosamente Alicia. — Lo que pido á usted es que me crea. Y para que juzgue usted si soy digna de crédito va usted á saber lo que era y lo que soy.

Siempre de rodillas, mirando fijamente á la lumbre cuyo resplandor iluminaba su belleza ajada, echóse atrás el pelo con nervioso movimiento de la mano, y siguió diciendo :

— Cuando yo era joven y bonita, y esta cabellera delicadamente cuidada, era la admiración de todos ; mi madre, que hasta entonces sólo había visto en mí una niña, de la que no hacía caso alguno, comprendió mi valer, me tomó cariño y se enorgulleció conmigo. Era avarienta y pobre, pensó en sacar partido de mí. Si mi madre hubiera sido una gran señora, jamás habría tenido esa idea, porque ya sabemos que las grandes señoras son incapaces de tal cosa, ¿verdad? No hay más que los pobres para educar mal á sus hijas y para hacerlas víctimas de esa educación mala.

Mirando vagamente, como si no hubiese nadie delante de ella, y acariciando nuevamente sus trenzas, prosiguió :

— Qué vino á resultar de esto, no necesito decirlo. En personas de nuestra condición no acaban estas cosas por un matrimonio desgraciado ; terminan en desgracias y en perdición.

Apartando los ojos de la lumbre, como si se sustrajera vivamente á una sugestión, miró á Enriqueta, y dijo :

— Estoy perdiendo el tiempo. Es verdad que si no hubiera pensado en todo esto no me hallaría en esta

casa. La desgracia y la perdición cayeron sobre mí. Fui como un efímero juguete arrojado cruelmente á un rincón, luego que ha dejado de distraer. ¿Sabe usted quién procedió así conmigo?

— No entiendo esa pregunta — contestó Enriqueta.

— Sin embargo, usted tiembla — añadió con mirada vehemente Alicia. — Su manera de proceder hizo de mí un demonio. Me he hundido más y más en la desgracia y la perdición por causa suya. Me vi envuelta en delito de robo — me alcanzaron las responsabilidades, no el provecho — y comparecí ante los tribunales desamparada, sin un amigo, sin un penique. Yo era una muchacha, pero antes hubiera querido morir que salvarme por él, por un testimonio de su parte. Pero mi madre, codiciosa siempre, le escribió diciendo que lo hacía de mi parte y pidiéndole humildemente una dádiva, la última ; ni siquiera tantas libras esterlinas como dedos tengo en cada mano. Y no lo hizo porque, al verme caída á sus pies, sólo pensó en la satisfacción de sentirse libre, porque me llevarían lejos, de donde nunca volvería. ¿Sabe usted de quién hablo?

— No entiendo esa pregunta — volvió á decir Enriqueta.

— Sin embargo, usted tiembla — repitió Alicia cogiendo del brazo á Enriqueta y mirándola á la cara. — Tiene usted la contestación en los labios. Ese hombre era su hermano de usted, ¡James!

Más aún tembló Enriqueta, pero no dijo una palabra ni apartó los ojos de Alicia.

— Cuando supe que era usted su hermana — lo supe aquella misma noche — volví á esta casa, sin importármeme el cansancio, para arrojar á usted sus

monedas. Aquella noche me sentía capaz de dar la vuelta al mundo para encontrarme con ese hombre. ¡Y le hubiera matado! ¿Lo duda usted?

— ¡Dios mío! ¿Por qué ha venido usted otra vez?

— Después — dijo Alicia sin soltar el brazo de Enriqueta y mirándola siempre á la cara, — después ¡le he visto! Le he visto con mis propios ojos y en pleno día. Aunque mis resentimientos hubieran estado adormecidos en mi pecho, al verle se habrían despertado. Ha ofendido á un hombre soberbio, en él tiene un mortal enemigo, usted lo sabe. ¿Y si yo hubiese informado á este hombre del sitio donde se encuentra su ofensor?

— ¡Informado! — repitió Enriqueta.

— ¿Y si yo hubiese encontrado á alguien, conocedor de ese secreto, que supiera de qué manera se ha marchado el hermano de usted y con quién se ha ido? ¿Y si yo hubiera hecho que este secreto lo escuchara, palabra por palabra, aquel hombre soberbio, y yo sentada frente á él, hubiera visto cómo cambiaba la expresión de su rostro hasta casi no parecer humano? ¿Y si este hombre hubiera salido inmediatamente como un loco en persecución de su enemigo? ¿Y si yo supiese que ahora está en camino, como una furia, y que dentro de algunas horas habrá caído sobre él?

— ¡Suélteme usted! — exclamó Enriqueta desasiéndose. — ¡Váyase! ¡Su contacto me espanta!

— Pues todo esto ha pasado — prosiguió Alicia inalterable. — Mis palabras, mis ojos, dicen á usted que realmente lo he hecho. ¿Usted lo duda?

— ¡Me da usted miedo!... ¡Suélteme!

— Todavía no. Puede usted pensar cuál sería mi ánimo de venganza cuando lo he reservado tanto tiempo y cuando he llegado á hacer esto.

— ¡Espantoso! — exclamó Enriqueta.

— Y mireme usted ahora — dijo Alicia con ronca voz — de rodillas aquí, en tierra, tocándola á usted en el brazo, mirándola á la cara... Créame usted, todo lo que la digo es cierto. Extraordinaria lucha se ha entablado en mi pecho. Me avergüenza decirlo; pero pierdo ánimos, me desprecio á mí misma; he pasado toda la noche, todo el día, en combate conmigo misma: una voz interior me dice que perdone á James. Yo no sé por qué, pero quisiera reparar el daño que le he hecho. Si es posible, quisiera que no le encontrara el enemigo que le persigue... Si le hubiera usted visto anoche, comprendería usted el peligro.

— ¿Cómo avisarle? ¿Qué hacer? — exclamó Enriqueta.

— Toda la noche — siguió Alicia precipitadamente — he estado soñando con él, una pesadilla, aunque no he dormido. Le he visto ensangrentado. Todo el día me ha parecido que estaba al lado mío.

— ¿Qué hacer? — volvió á exclamar Enriqueta temblando al escuchar estas palabras.

— Si hay alguien que le pueda escribir ó que pueda ir á donde está, hágalo sin pérdida de tiempo. Está en Dijon. Ya conoce usted este nombre. ¿Sabe usted qué ciudad es ésta?

— Sí, lo sé.

— Pues adviértale que su enemigo está frenético y que de ningún modo debe esperar á que se le acerque. Dígale que se vaya, que desaparezca de Dijon... ¡si aún es tiempo! Dentro de un mes, dentro de un año, ya será otra cosa. Sobre todo, yo no quiero ser causa del encuentro. Que se encuentren en cualquier parte, pero no allí; que se encuentren en cualquier momento, pero no ahora. Que lo descubra su enemigo,

pero no por ayuda mía; ya basta con lo que sobre mi conciencia tengo.

Dejó de reflejar la lumbre en los cabellos negros, en el altivo rostro, en los ojos ardientes; Enriqueta sintió libre su brazo, y en el sitio donde estuvo Alicia de rodillas ya no había nadie.

CAPÍTULO LIV

LOS FUGITIVOS

Hora, cerca de media noche. Sitio, un apartamento á la francesa compuesto de media docena de habitaciones, un oscuro pasillo y recibimiento á la entrada, un comedor, una sala, un dormitorio, y un gabinete pequeño y separado de las demás piezas. La entrada á estas habitaciones tiene una puerta de dos hojas que da á la escalera; pero, además, cada habitación comunica, no sólo con el cuarto inmediato, sino con otro pasillo interior por donde corresponden con unas estrechas escaleras conducentes al pasadizo, fuera de uso, de la planta baja. El apartamento forma parte del primer piso de un hotel, tan grande que estas habitaciones no llegan á representar ni siquiera un lado de su patio, vasto cuadrilátero abierto en el centro del edificio.

Un aire de esplendor, suficientemente marchito para ser melancólico, y no menos suficientemente deslumbrante con mil estorbos para dificultar la vida, reinaba en aquellas habitaciones. Las paredes y techos estaban dorados y pintados, los suelos encerados y lustrosos; cortinajes de color carmesí festoneaban las ventanas, las puertas, los espejos; candelabros